

LA ESPIRITUALIDAD IGNACIANA

Marie-Paul Dion

Me propongo, en este artículo, presentar la espiritualidad ignaciana. Tal intento fija ya los límites. Hablaré, pues, de una espiritualidad particular.

Toda espiritualidad tiene en común la búsqueda de Dios y participa de las mismas riquezas que son su Palabra y la Eucaristía. Las diferencias se sitúan, pues, al nivel de los *medios secundarios* o, más exactamente, en la elección de las *formas*, en la *proporción* al utilizarlas y en los motivos específicos que sirven de *punto de apoyo* para la consecución de los objetivos. Este conjunto de notas particulares se les designa con el nombre de espiritualidad y así se habla de espiritualidad benedictina, carmelitana, ignaciana, etc. Una cosa es señalar las diferencias y otra indicar su origen. Pero la síntesis de los diferentes factores (forma, proporción, punto de apoyo, alimento espiritual) es la que da a una espiritualidad su sello único y la constituye en un todo orgánico, un conjunto estable y equilibrado.

La experiencia original de Ignacio

A primera vista, Ignacio parece un personaje ambiguo por no decir un ser contradictorio. En efecto, ¿cómo asimilar al "peregrino" con el sedentario que durante 15 años ocupó el puesto de Superior General de la Compañía de Jesús?. El hombre que legisla con tanta minuciosidad al redactar las Constituciones ¿es el mismo que renunció a entrar en la Cartuja para no perder su libertad de amar a Dios como él lo entendía?.

Los comportamientos externos no darán respuesta a nuestras preguntas. Ignacio es hombre de retorno al "punto de origen", al centro fontal; hombre a quien sólo le interesa este lugar inaccesible e íntimo, la fina punta del alma, donde cada uno solo se encuentra con Dios solo.

Uno de los primeros compañeros de Ignacio, el Padre Jerónimo Nadal, señalaba que la gracia particular de Ignacio era "sentir y contemplar en todas las cosas y acciones la presencia de Dios y el amor de las cosas espirituales y así ser contemplativo en la acción".

La *contemplación en la acción* es la cumbre a donde Ignacio invita a subir a sus compañeros, después de haberla escalado primero él mismo. Una ascensión que dasafía toda lógica puesto que, para Ignacio, supone primero un vertiginoso descenso a las profundidades del corazón.

Ya dijimos que en el origen de una espiritualidad particular hay una experiencia original que se enraiza en lo más íntimo de la personalidad y purifica lo que en ella existe demasiado "terreno" para dejar paso al deseo nuevo (Ap 2,17) que proyecta hacia la misión personal inscrita, para cada uno, en el

plan de Dios. Búsqueda purificante, iluminación transformadora, disponibilidad total a la misión intuída son los tres momentos de una revolución circular que se repite cuanto sea necesario hasta completar la acción divina.

En el caso de Ignacio, es relativamente fácil trazar este movimiento circular, más aún seguir la espiral de su ascensión hacia Dios, gracias a un instrumento particular: el relato que el P. Luís Gonçalves de Câmara recibió de labios de Ignacio, entre los años 1553 y 1555, obra conocida como *El relato del peregrino* o Autobiografía.

Este relato abarca un período de casi 16 años, desde mayo de 1521, cuando Ignacio fue herido en la batalla de Pamplona, hasta la célebre visión de la Storta, una capilla cerca de Roma, en noviembre de 1537.

Las etapas

Entre 1521 y 1556 sobresalen dos etapas de distinta duración en la vida del peregrino:

- 1) De la conversión de Loyola hasta el viaje a Jerusalén, interrumpido bruscamente (1521-1524).
- 2) Del período de estudios, empezado en Barcelona, hasta su muerte en Roma (1524- 31 de Julio 1556).

La Dinámica

Las dos etapas presentan una dinámica parecida:

- a) Primero, un período de *búsqueda purificadora* en Loyola y Manresa y durante el tiempo de estudios de Barcelona y París.
- b) Después, vienen las gracias de una *iluminación trans-*

formante como en el Cardoner, durante su estadía en Manresa, y en la capilla de La Storta, camino a Roma.

c) El tercer movimiento de cada etapa corresponde a una *disponibilidad total para la misión recibida*. El viaje a Jerusalén se inscribe en este proceso, cuando Ignacio se cree llamado a un apostolado permanente en el país de Jesús, en este momento de su aventura espiritual. Más tarde, aparece la misma disponibilidad total al tomar conciencia de su verdadera misión: la fundación de una Orden apostólica extendida por el mundo, para mayor gloria de Dios.

Podemos, pues, hablar de circularidad en esta visualización sistemática de la vida de Ignacio, aunque en realidad se trata más bien de una espiral que, al elevarse, conduce al Peregrino siempre más arriba.

Evolución de los deseos

Esta ascensión espiritual es la resultante de lo que llamaríamos la lenta educación de los deseos. Tres son fácilmente identificables:

- 1) Primero el *deseo de Jerusalén*, muy impetuoso al principio, y que luego será más ponderado y ganará en realismo, después del fracasado viaje a Tierra Santa, para reaparecer después del voto de Montmartre, en 1534, aunque esta vez irá acompañado de una cláusula condicional, índice inequívoco de una aceptación más matizada e iluminada por la voluntad de Dios. Durante los años de Roma, este deseo desaparece, sin duda porque Ignacio había comprendido que una imitación demasiado servil de la vida de Jesús tenía poco que ver con el verdadero servicio de su Señor.
- 2) A medida que se borra el deseo de Jerusalén,

emerge otro nuevo, incoado ya en la época de Manresa, que irá creciendo: el *deseo de ayudar a las ánimas*, que tomará la forma de servicio cada vez más generoso y total, confirmado en la célebre visión de la Storta: "Quiero que tú nos sirvas".

- 3) Al fin, otro deseo brota del servicio. Ignacio, desde la época de la prisión de Salamanca, había *deseado reunir a compañeros* que compartieran su ideal de ayudar a las almas. Tal deseo se concretó de la manera más imprevista para Ignacio: el 15 de Agosto de 1534, en la capilla de Montmartre, Ignacio estaba rodeado de 6 compañeros; veinte años más tarde, serían ya mil y hoy son miles de compañeros, dispersos por los cuatro puntos cardinales del mundo.

Los medios ignacianos

Ignacio se sirvió de los medios de santificación comunes a todo cristiano de su época, pero su intuición particular fue la utilización con gran acierto, de dos medios tan simples como eficaces: el *discernimiento espiritual* y el *examen* del corazón.

Ambos fueron sistematizados el interior de un proceso de desarrollo espiritual que ha demostrado su vigor a través de los siglos.

Características de la espiritualidad ignaciana

Los miembros de una familia espiritual viven en continuidad la gracia recibida por quien, en su origen propuso una cierta manera de comprender el Evangelio y de vivir tal aspecto de la vida de Cristo. No se trata de un proyecto humano, sino de una participación en el misterio escondido en Dios y comunicado a tal santo o santa, en una época particular de la

vida de la Iglesia. Toda familia espiritual está habitada, por consiguiente, por algo misterioso, "místico". Esta mística le da sus trazos propios. La familia ignaciana tiene, también, sus trazos particulares a nivel de la teología espiritual, a nivel práctico y a nivel psicológico. Voy a indicar algunos:

1. A nivel teológico

La espiritualidad ignaciana está orientada más a una *mística de servicio* que a una mística de unión amorosa. A pesar de las excepcionales gracias de unión, recibidas por Ignacio en sus iluminaciones sobre la Trinidad del Cardoner y de la Storta, nunca describe su experiencia de Dios con lenguaje nupcial. No hallamos en sus escritos el lirismo de Juan de la Cruz, ni la poesía de Teresa de Lisieux. En Ignacio domina, incluso en su relación privilegiada con la Trinidad divina, una actitud de servidor, una actitud humilde y amante que se traduce en la preocupación de discernir lo mejor posible aquello que el Señor espera de él y en la atención respetuosa de cumplir este servicio con generosidad y magnanimidad.

El servicio ignaciano no tiene nada que ver con la oposición tan a menudo señalada entre Marta y María (Lc 10, 38-42). Para Ignacio, el servicio no es una parte de la vida, sino la meta de toda la vida, como nos lo recuerda en los Ejercicios, en su Fundamento: "el hombre es creado para alabar, hacer reverencia y servir a Dios nuestro Señor". Este servicio adquiere multitud de formas que varían según el estado de vida, los talentos recibidos, la salud, los llamados particulares de la gracia, pero siempre irá marcado por el deseo de superarse -*Ad maiorem Dei gloriam*- y la inquietud de percibir las más pequeñas voluntades del Maestro y Señor.

En Ignacio, el servicio es cristocéntrico pues Cristo, movido por su amor a la voluntad de Dios, tomó la forma de siervo. Así, quien quiera vivir la espiritualidad ignaciana, ha de elegir como modelo a Jesús, identificado como Siervo. "Estar con" Cristo Siervo fue la plegaria constante del Peregrino, durante los meses posteriores a su ordenación. Y fue generosamente escuchado. Todos los índices de la vida de Ignacio nos muestran que el deseo del servicio de Dios y de la mayor gloria divina le poseyó siempre. Los consejos dados a los demás son el eco de la orientación particular que Dios imprimió en su vida.

A primera vista, esta orientación puede dejar decepcionados a aquellos que no conocen por experiencia la espiritualidad ignaciana. Si comparamos a san Juan de la Cruz, a santa Teresa o a María de la Encarnación, Ignacio aparece como un gorrión entre ruiseñores, pero si intentamos conocerle mejor, nos damos cuenta de que puede ser colocado a su mismo nivel. En efecto, mientras el resplandor de la luz o el fuego del amor dan a otros místicos sus rasgos propios, Ignacio se define por el servicio que polariza todos los dones infusos con que fue agraciado. Nos hallamos ante una espiritualidad que toca al alma en todas sus facultades para ponerlas al servicio de la mayor gloria de Dios. Otros místicos irán más lejos en el desapego de todo lo creado para conseguir la unión con Dios. Para Ignacio es al revés: encontrar a Dios en todas las cosas.

2. A nivel práctico

La espiritualidad ignaciana no se puede conocer sólo a través de los libros, pues tiene una característica propia: es una espiritualidad transmitida y recibida, mediante la conversación familiar. Este intercambio, hecho desde la fe, permite al consejero

exponer simplemente el itinerario propuesto por Ignacio y ayuda al ejercitante a descubrir los movimientos -alegría, inquietud, tristeza- que confluyen en su corazón. Al interior de este diálogo se va haciendo el aprendizaje de las primeras "reglas de discernimiento espiritual" (EE 313-327) para llegar después a las otras reglas con las cuales podrá hacer un discernimiento más afinado de la voluntad de Dios (EE 328-336).

Otro medio muy práctico y útil para el discípulo de Ignacio es el *diario espiritual*, síntesis del diálogo consigo mismo y el diálogo con Dios, instrumento de trabajo sobre uno mismo en su relación con Dios, un verdadero ejercicio espiritual tal como lo entiende Ignacio en la primera anotación de los Ejercicios. Si es útil durante los Ejercicios, lo es también después como un memorial con que uno hace la relectura de su vida.

El aspecto práctico de la espiritualidad ignaciana se destaca también en su *carácter metódico*, una espiritualidad con las etapas bien marcadas para poderse situar en cada momento. Este carácter metódico facilita la adquisición de "reflejos" que hacen connatural la costumbre de sondear el corazón para detectar la orientación profunda que nos guía a lo largo de la actividad cotidiana.

Un último aspecto práctico de esa espiritualidad es su gran *flexibilidad*. La estructura es igual para todos, pero el que acompaña va orientando al ejercitante según sus capacidades físicas, intelectuales y espirituales. Ignacio no daba siempre los Ejercicios completos y cuando los daba, los adaptaba según la capacidad receptiva de cada uno.

3. A nivel psicológico

Atreverse a ordenar su vida según el plan de Dios, no es una empresa fácil. La dificultad aumenta en el período de precede a la elección, tiempo en que el ejercitante descubre no solamente el pecado personal, sino también los límites, debilidades condiciones difíciles de su vida concreta. Tal descubrimiento no siempre es obvio y necesita entonces de alguien que le acompañe y dé luz. San Ignacio daba, por esto, mucha importancia a la *comunicación*. La apertura del corazón, exigida por los Ejercicios, impide que el ejercitante se pierda en imaginaciones o se desanime. Varias anotaciones y adiciones de los Ejercicios son como pequeñas recetas psicológicas que ayudan a dirigir los pensamientos y los afectos propios en un ambiente favorable para el desarrollo de una persona verdaderamente libre. Esta *connotación terapéutica* nos parece una característica nada despreciable en la vida, según los Ejercicios.

Por último, la espiritualidad Ignaciana es *unificadora* de la personalidad al unir los diferentes aspectos de la persona humana: inteligencia, voluntad, afectividad, memoria, relación corporal, relación con los demás, relación con Dios. Es una espiritualidad que no separa ni rompe la armonía, sin temor a las tensiones ni a las contradicciones. Más aún, es una espiritualidad que ayuda a situar todo lo creado -y así mismo- dentro del plan de Dios. Esta relativización evita la perplejidad, la dispersión y el nerviosismo y conduce hacia una actitud de verdad, generadora de alegría.

Conclusión

Hemos señalado algunas características de la espiritualidad ignaciana que nos ha llegado a menudo con la etiqueta de "militar". Nada menos cierto.

Se trata de un medio de llegar a Dios que se caracteriza por un servicio de amor en lo cotidiano que intenta humildemente buscar y hallar a Dios en todas las cosas.

Esta expresión no tiene resonancias de las espiritualidades de carácter nupcial. Sin embargo, es imposible hallar a Dios en todas las cosas sin ser siempre contemplativo, tanto en el trabajo como en la oración. Contemplación-acción son dos términos que no se contraponen, antes bien tienden el uno hacia el otro, en un profundo dinamismo de unión de donde nacen los verdaderos hijos de Dios.

(De la revista **CAHIERS DE SPIRITUALITE IGNATIENNE**, Quebec, Canadá, Volumen XIV, Nº 55, Julio-Septiembre 1990, págs. 149-180. Hemos condensado y traducido sólo una parte del artículo).